



CUENTOS ARCANOS

# El balido de los corderos

ARCANO 4

EL EMPERADOR

## EL BALIDO DE LOS CORDEROS

Mi nombre es Endimión, crecí entre montañas escarpadas pastoreando ovejas, me criaron mis abuelos, un matrimonio de pocas palabras y rutinas inamovibles.

Toda nuestra vida giraba en torno a la cría, cuidado y comercio de los productos derivados de las ovejas, ellas representaban nuestro sustento.

Desde muy niño aprendí a ordeñarlas, fabricar el queso, esquilas; debido al aislamiento en el cual vivíamos imaginaba que ellas eran una extensión de mi familia, aunque, por supuesto, algunas debían ser sacrificadas, de cuando en cuando, para la supervivencia de la mayoría.

—Así se mantiene el equilibrio de la vida, unos cuantos deben morir para que la mayoría sobreviva; malo es cuando muchos mueren para el beneficio de pocos —solía decir mi abuelo.

Siempre me pareció más sabio que mi padre, un hombre huraño que se aparecía esporádicamente con objetos extraños que no me entusiasmaban demasiado.

Una vez, para mi undécimo cumpleaños, se apareció con una vara de metal, bañada en oro, en forma de “T”, coronada con un círculo, al preguntarle qué era, me contestó:

—Es un cetro, un bastón de mando que representa la autoridad. Algún día te ayudará a encontrar la tuya, mientras tanto guárdalo.

Cuando se despedía casi siempre usaba estas palabras:

—Adiós Endimión, recuerda que eres hijo de la Emperatriz y sobrino de la Sacerdotisa. Ya veremos qué sale de ahí.

Yo solía responderle con una invariable pregunta:

—¿Cuándo podré conocer a mi madre?

—Ella está ocupada haciendo florecer el desierto, no debemos interrumpirla.

Yo soñaba con ella, me tendía los brazos en medio de enormes árboles floridos mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

Guardé el cetro en el armario de mi habitación sin darle mayor importancia. La vida continuó como siempre, los meses transcurrieron en imperturbable rutina hasta que una noche me despertaron unos aullidos.

Por aquella región no abundaban los lobos, de hecho no representaban una amenaza para nosotros, el abuelo decía que se habían ido al otro lado de la montaña porque en este los pastores los habían obligado a huir hacía más de cien años.

Me asomé al cuarto de mis abuelos y vi que dormían profundamente, bajé a toda prisa las rústicas escaleras de madera para salir de casa y ver cómo estaban las ovejas, una vez que traspasé el umbral de la puerta me dirigí corriendo hasta el redil, que estaba ubicado a pocos metros, el corazón me dio un vuelco al ver que estaba abierto, las ovejas y carneros no estaban, solo quedaban los corderos que habíamos guardado aparte porque acababan de ser destetados y balaban sin cesar en su potrero.

Mi primer impulso fue ir a toda prisa detrás del rebaño, pero cuando estaba a punto de echar a correr a mi mente vino la nítida imagen del cetro que me había dado mi padre. No me detuve a pensar si aquello tenía lógica o no, obedeciendo un impulso más fuerte que el primero, volví a entrar en la casa, subí las escaleras, abrí el armario y tomé el cetro que, en medio de la oscuridad, me pareció más brillante que cuando lo recibí; además noté algo que hasta entonces había pasado desapercibido: la punta inferior del mismo era bastante afilada, como la punta oculta de un cuchillo solo visible en casos de emergencia.

Volví a bajar las escaleras a toda prisa, cuando estuve en la puerta me pareció escuchar la voz de mi abuelo preguntándome a dónde iba, pero no tenía tiempo para responderle. Cada segundo perdido podía representar la muerte de una oveja.

Corrí sobre los escarpados riscos y en una planicie divisé al rebaño, las ovejas balaban como nunca. Un par de lobos las cercaban.

No se me ocurrió ser cauteloso, al contrario, me acerqué de prisa y me coloqué entre las ovejas y los lobos sosteniendo el cetro en posición defensiva.

Los lobos rugían mostrando sus afilados dientes, comencé a retroceder, esta vez con cautela, sintiendo que el inquieto rebaño también retrocedía tras de mí cada vez que yo daba un paso hacia atrás.

Uno de los lobos pareció decidido a atacar, retrocedí algo más de prisa y tropecé, probablemente con una roca; al caer al suelo de inmediato el lobo saltó sobre mí, pero instintivamente levanté el cetro al verlo venir en el aire.

Me vi cubierto por el pesado cuerpo del animal que había sido atravesado por el cetro, sentí su sangre tibia humedeciendo mi pecho, yo forcejeaba en vano intentando librarme del cuerpo cuando vi venir al otro lobo a toda prisa, intenté zafarme del peso muerto, pero no tenía suficiente fuerza.

Nunca sabré de dónde salió mi padre, lo cierto es que brincó sobre el animal y se entabló en una violenta pelea con el feroz lobo. Yo estaba demasiado impresionado como para reaccionar, vi brotar la sangre del rostro de mi padre. En ese momento aparecieron mis abuelos, mi abuela llevaba en la mano el cayado de pastoreo y mi abuelo llevaba una escopeta

que ya tenía apoyada en el hombro, preparada para tirar. Apuntaba hacia donde mi padre y el lobo sostenían la encarnizada lucha que, a todas luces, mi padre iba perdiendo.

Escuché a mi abuelo decir:

—Llévate a las ovejas, en la mañana buscaremos las que faltan.

Mi abuela comenzó a arrear el rebaño cuesta abajo. Mi abuelo tiró del gatillo y el disparo resonó llenando de ecos la noche. El lobo cayó sin vida junto a mi padre, cuyo rostro, manos y brazos sangraban copiosamente.

Entre mi abuelo y él retiraron el cuerpo del lobo que yacía sobre mí, retiraron el cetro del cuerpo del animal y acto seguido mi padre me abrazó muy fuerte y me dijo, lleno de orgullo:

—Sabía que irías por el cetro.

Aquella era la mayor muestra de afecto que había recibido de su parte en toda mi vida.

Mi abuelo le lanzaba miradas de reproche. En el camino de regreso, papá y él arrastraron los cuerpos de los lobos. “No se pueden desperdiciar estas pieles”, había dicho mi abuelo. Yo enarbolaba el cetro bañado en sangre y me sentía eufórico.

Desperté entrada la mañana, algo inusual en mí que solía levantarme al alba. Me sentía apaleado, cuando me paré al pie de la escalera para bajar, escuché la voz de mi abuela.

—No sé en qué estabas pensando, Ernesto, eso fue una locura.

Bajé unos pocos escalones y me asomé por las hendiduras que había entre los travesaños de madera para poder espiarlos sin que me vieran.

Papá parecía feliz, aunque su rostro estaba bastante lastimado.

—Pero ¿usted no vio que lo primero que hizo fue ir por el cetro? ¿Cuánto tiempo llevamos esperando algo así?

—Yo ya no quiero seguir con esto —dijo mi abuela.

—¿En serio madre? ¿Se va a echar atrás ahora que hemos avanzado tanto?

Mi abuelo intervino.

—Traer a esos lobos hasta acá fue demasiado temerario, pudo haber ocurrido una desgracia.

—Pero no fue así —se defendió papá. —Yo jamás dejaría que algo malo les ocurriera ni a ustedes ni a él. Si no ¿qué otra manera había? Esa fue apenas la primera prueba y ustedes, como guardianes del culto, bien lo saben.

Mi abuela no parecía convencida.

—No solo es lo de los lobos, también está lo de las joyas. ¿Cómo se te ocurre robar algo tan valioso de ese museo? Lo han anunciado hasta en la radio, son reliquias nacionales, Ernesto ¡Nada más y nada menos!

—¿Y usted qué quería? Tienen que ser las de un Emperador de verdad, de lo contrario no van a funcionar. Francamente mamá, parece increíble que yo le tenga que explicarle estas cosas a usted, que las sabe de sobra.

Mi abuelo preguntó.

—Pero sé sincero. ¿Te vio alguien?

—¡Qué me van a estar viendo! Esa gente es muy torpe.

—Mira cómo te quedó la cara. Te van a quedar cicatrices —dijo mi abuela mientras le tomaba el rostro por el mentón y se lo examinaba.

—¡¿Y qué más da?! Ha valido la pena.

Ella comenzó a aplicar unas compresas sobre el rostro de papá, mi abuelo fumaba cerca de ellos con expresión preocupada.

Todo eso me dio mucho en qué pensar, pero por más que lo hacía no lograba descifrar el significado de aquella conversación, salvo que papá había robado unas reliquias demasiado valiosas y el cetro debía ser una de ellas, pero si era tan valioso ¿por qué me lo había dado?

Al revisar el cetro noté que la punta inferior en forma de cuchilla había desaparecido para recuperar su forma tubular. Aquello era muy extraño, lo examiné minuciosamente, pero nada, así como estaba no habría podido matar a ningún lobo.

Dos años pasaron sin novedad, papá iba y venía, yo me había acostumbrados a sus ausencias prolongadas. Mis abuelos continuaban hablando poco, pero me observaban con mirada capciosa cuando creían que no me daba cuenta. Yo continué dedicado al cuidado y pastoreo de las ovejas, me gustaba perderme con ellas entre los montes escarpados y alejarme del escrutinio de mis abuelos.

Cuando llegó mi cumpleaños número trece, papá apareció con una gran sonrisa en el rostro, el cual, como había vaticinado mi abuela, mostraba las cicatrices que daban testimonio de su enfrentamiento con el lobo, aunque no sé si eso era algo que él iba contando por ahí.

—Ya tienes trece años, es hora de que recibas un legado muy importante.

Entre sus manos había algo envuelto en una tela blanca, él apoyó una rodilla en el suelo y me lo ofreció. Mis abuelos miraban expectantes.

En vez de tomarlo entre las manos, decidí retirar la tela que cubría el objeto. Ante mis ojos apareció una esfera dorada rematada por una cruz, en la parte del medio tenía una especie de cinturón finamente labrado con pequeñas piedras rojas brillantes. Toda la bola era de color dorado.

Mi abuela se llevó una mano al pecho y se recostó de una repisa, mi abuelo abrió mucho los ojos.

Yo tomé la esfera para examinarla, pesaba más de lo que imaginaba, la levanté con ambas manos para admirarla desde abajo, en ese momento la luz que entraba por la ventana le arrancó destellos que se esparcieron por toda la habitación.

—¿Qué es? —pregunté.

Papá, que aún no se había puesto de pie, respondió emocionado:

—Es un orbe, hijo, un *globus cruciger*, y representa al globo terráqueo, simboliza el dominio de Cristo sobre el mundo.

Mi abuela se persignó, mi abuelo inclinó la cabeza, yo estaba embelesado viendo brillar el orbe. Papá me veía con una expresión a medias entre felicidad y locura.

—Literalmente tienes el mundo en tus manos. Guárdalo muy bien junto al cetro hasta que llegue el momento.

Así lo hice, lo guardé y lo olvidé, tal como había hecho con el cetro. A los pocos días papá partió.

Noté que mis abuelos comenzaron a tener conmigo un trato deferente, esperaban a que yo comenzara a comer para hacerlo ellos, me reservaban las mejores piezas de comida, privilegio que hasta entonces había estado reservado a mi abuelo, aseaban mi habitación, se ocupaban de mi ropa, cosas que hasta el momento había hecho yo mismo. Aquello me intrigaba, pero no decía nada porque sabía bien que si lo hacía la respuesta sería el silencio.

Transcurridos tres meses desperté en plena madrugada con una sensación extraña. Todo estaba igual de silencioso que siempre y, sin embargo, había algo en ese silencio fuera de lo habitual, algo que sobraba.

Somnoliento como estaba tomé el orbe, sabía que aquella era la prueba, lo llevé envuelto en el retazo de tela blanca y bajé sigilosamente las escaleras. Al salir me acerqué al redil, estaba tal como lo había dejado antes de acostarme.

Cuando entré las ovejas comenzaron a balar, pero había algo en su balido que semejaba el llanto. Las ovejas y los carneros estaban bien, instintivamente giré para ver a los corderos y me llevé la impresión más desagradable al ver que yacían muertos en el suelo. Entré a examinarlos, aquello no podía ser, yo mismo me encargaba personalmente de cambiarles a diario el pasto y el agua; estos habían sido destetados no hacía mucho y en ese período yo solía extremar los cuidados.

Me angustié sobremanera al verlos sin vida, no había signos de violencia en sus cuerpos, solo una extraña espuma alrededor de la boca. Nunca antes se me había muerto un cordero y ahora se me morían varios a la vez. Las lágrimas comenzaron a brotar sin control.

Arrodillado ante ellos comencé a musitar “por favor, por favor...”, el orbe que había colocado en el suelo, a mi lado, comenzó a brillar a través de la tela blanca, aquello llamó tanto mi atención que dejé de llorar. Acerqué mi mano para desenvolverlo y percibí un calor intenso proveniente del mismo. Lo levanté con tela y todo, el calor era tan fuerte que casi no resistía su contacto. Sosteniéndolo en la mano retiré la tela de la parte superior, la misma cayó hacia los lados y el orbe brilló con tal intensidad que me vi obligado a cerrar los ojos.

Así, de rodillas, extendí ambos brazos con el orbe entre las manos, caculo que el mismo quedó sobre los corderos. Con los ojos cerrados pedí “por favor, por favor...”, percibí un gran resplandor blanco bajo los párpados, una especie de oleada que se alzó y cayó en fracciones de segundos, luego el calor desapareció y comencé a escuchar el balido de los corderos.

Abrí los ojos para verlos en pie sanos y salvos, sentí una gran alegría, solo entonces me di cuenta de que papá y mis abuelos me observaban. ¿En qué momento llegaron? No lo sé, pero al parecer ya estaban ahí desde antes y lo habían presenciado todo. Noté a mi abuela muy asustada, mi abuelo meneaba la cabeza de un lado a otro, renuente a creer lo que había visto, papá en cambio me contemplaba con el rostro bañado en lágrimas, una sonrisa se fue dibujando en sus labios y finalmente comenzó a reír a carcajadas. Yo reí con él porque me sentía sumamente feliz por los corderos.

A los pocos días papá volvió a irse, antes de marcharse lo vi decir a mis abuelos con expresión delirante: “Este sí es”. Mi abuela le preguntó:

—No nos irá a pasar lo que con el último ¿cierto? Que a final resultó un fiasco.

Él le colocó una mano sobre el hombro para tranquilizarla y mirándola directamente a los ojos, que eran igual de azules que los suyos, le contestó:

—Escogí muy bien a su madre. Estoy seguro de que esta vez lo lograremos.

Mi abuelo permanecía en silencio con las manos en los bolsillos.

A partir de entonces mis abuelos no volvieron a sentarse a la mesa conmigo. Cuando yo me sentaba a comer me servían banquetes opíparos, aquello me quitaba el apetito; el cordero lechal, que antes había sido mi favorito, ahora no podía ni tocarlo. Mi abuela se esmeraba no solo con los platos salados, sino también con los dulces, pero yo apenas probaba bocado.

Mi abuelo y ella, en contraposición, cambiaron a una dieta muy parca, nada habitual en ellos: pan, leche de ovejas, queso y una que otra fruta. Yo no comprendía la razón de tal cambio.

En una ocasión en la que papá hizo una visita relámpago para “chequear cómo iba todo”, según sus palabras, escuché a mi abuela ponerle las quejas:

—Casi no prueba la comida, hijo, yo ya no hallo qué más prepararle. Si sigue así no nos servirá de nada.

Papá sonreía.

—No se preocupe madre, recuerde que es la sustancia y no la forma lo que necesitamos.

—A este ritmo quienes moriremos de hambre seremos nosotros —se quejó mi abuelo.

—Tiempo al tiempo padre, ya falta menos, mientras tanto es preciso purificar el cuerpo.

Mi abuelo rezongó, no se veía muy convencido. Yo lo veía todo sentado en mi rincón de las escaleras desde el cual me había habituado a espiarlos.

Antes de irse, papá me dijo:

—Nos vemos pronto, hijo, trata de comer un poco más, anda, solo por darme gusto — asentí.

Intenté, por él, comer algo más de las numerosas viandas que me servían, pero me costaba mucho pasar la comida.

Así transcurrieron dos años en los que mis abuelos se veían cada vez más macilentos y me miraban como un depredador que acecha a su presa. Yo solo me hallaba a gusto entre las ovejas. En ese período papá nos visitó con algo más de frecuencia. Yo atajaba alguna que otra conversación aquí y allá. Una vez lo escuché decirle a mi abuelo:

—Dígale a Venancio que no sea impaciente, las cosas no pueden adelantarse porque él quiera. Toca esperar.

En otra ocasión preguntó:

—¿Y cómo van los trabajos? ¿Han hecho algún progreso?

—Tallar esa piedra no es fácil, hijo, Jacinto hace lo que puede.

—Pues dígame que le ponga más ganas que aquí el único que se ha arriesgado he sido yo. Más tarde voy con usted a ver cómo va esa talla.

Mi abuelo suspiraba. Salieron juntos y al regresar, en la noche, papá comentó satisfecho:

—Se le dan bien las cabezas de carnero a Jacinto. La verdad es que no van nada mal.

Hablaban de personas que yo había visto contadas veces en mi vida, pues vivíamos prácticamente aislados y mi interés por relacionarme con los pocos vecinos de los alrededores era nulo.



El día de mi decimoquinto cumpleaños sabía que sucedería algo peculiar, amanecí con esa sensación en el cuerpo y estuve esperando a papá todo el día, incluso desayuné con apetito, lo cual satisfizo a mis abuelos, quienes para mi sorpresa se mostraban bastante risueños.

Los nuevos corderos habían sido destetados días atrás, no cabía duda de que recibiría un regalo especial, puesto que así había sucedido en el pasado al destetar las camadas de corderos.

En la tarde apareció papá con una gran sonrisa en el rostro.

—Hoy es un gran día para todos, hijo. Te tenemos preparado algo muy especial. —Hizo una pausa. —Esta vez deberás encontrar tu regalo por ti mismo para cumplir con tu propósito divino y nosotros cumplir con el nuestro. La verdad es que hemos sido bastante pacientes. — Mis abuelos asintieron. —Esta noche, cuando salgas, recuerda llevar el orbe y el cetro contigo.

No entendí muy bien el significado de sus palabras, pero confié en que todo saldría bien.

Esa noche, antes de acostarme, sucedió algo de lo más inusual. Mi abuela me acompañó a la habitación e hizo lo que jamás había hecho: me arropó y una vez que estuve bajo las sábanas me dijo:

—Te voy a contar un cuento.

No había habido cuentos en mi vida, por lo que supuse que no se trataría de cualquier historia.

—Te llamas Endimión, pero ¿sabes quién fue Endimión? —negué con la cabeza.

—Endimión fue un pastor como tú, que se enamoró de Selene, la diosa de la luna — señaló hacia la ventana, a través de la cual podía apreciarse una enorme y brillante luna llena. —Ella también se enamoró de él porque era un joven muy hermoso, y la luna gusta de los jovencitos hermosos como tú —sonrió, era tan extraño verla sonreír que sentí algo de miedo. —Pero la luna es celosa y quería a Endimión solo para ella, por lo que le pidió a Zeus, el dios de dioses, que le concediera al hermoso pastor vida eterna, pero no cualquier eternidad, no, la eternidad del sueño, por lo cual Zeus lo sumió en un sueño eterno y solo Selene, quien lo visita noche a noche, sabe lo que él sueña.

Tras lo cual mi abuela me dio un beso en la frente que me dejó helado. Jamás nadie me había besado antes, mi padre me había abrazado con efusión, pero nunca me había besado. Un hilillo muy frío me recorrió la columna vertebral y acto seguido caí en un sueño profundo.

Cuatro enormes carneros me esperaban en un claro escondido entre los picos de cuatro montañas, en medio de aquel claro había una corona de oro, adornada con joyas preciosas,

que descansaba sobre una gran silla de piedra. Noté que bajo el asiento había una especie de vasija, también de piedra. De pronto, en lugar de la corona, sobre el asiento apareció un cordero cuyo balido parecía un grito de auxilio.

Desperté bañado en sudor.

Debía salvar al cordero, por eso papá me había pedido que llevara conmigo el orbe y el cetro. Los tomé y me alisté para salir.

Al pasar por el cuarto de mis abuelos vi que no estaban, papá tampoco estaba en su habitación. Me habían dejado solo.

La noche era fresca y clara. Mi cumpleaños caía en abril, por lo que el frío era menos inclemente que en invierno.

Al salir de casa sabía exactamente a dónde debía dirigirme, había visitado ese claro en pocas ocasiones porque era preciso subir mucho y a las ovejas no les gustaba cuando las llevaba tan arriba, pero yo me había sentido tan a gusto al descubrirlo que había ido un par de veces más por mi cuenta.

Durante todo el camino me acompañó la luna. Selene seguramente me estaría mirando, solo ella sabía lo que yo había soñado. Al escalar me apoyaba en el cetro para ayudarme, había guardado el orbe en un zurrón y su peso comenzaba a hacerse sentir a medida que la subida se hacía más intensa.

Cuando estuve cerca divisé un resplandor amarillento en medio del claro.

Rodeada por antorchas encendidas había una gran silla de piedra adornada con cuatro cabezas de carnero, también de piedra, dos en el espaldar y dos al frente, en la unión de los brazos y las patas.

Me acerqué hasta la silla, estaba buscando al cordero, pero en lugar de hallarlo vi salir a mi padre tras uno de los picos, su atuendo me sorprendió, iba ataviado con una túnica roja, me sonrió con un extraño brillo en la mirada, colocó una mano sobre mi hombro y me dijo lleno de satisfacción:

—Lo lograste.

Acto seguido sacó otra túnica roja debajo de la suya y me la colocó. Yo no opuse resistencia alguna.

Me hizo señal de que me sentara en la gran silla de piedra, cuando lo hice me sorprendió ver surgir, detrás de los picos, a más personas ataviadas con túnicas iguales a las nuestras, entre ellas estaban mis abuelos. El grupo se colocó formando un semicírculo a cierta distancia de la silla.

Papá se acercó y me dijo:

—Es hora de ser valiente, hijo mío, y cumplir con tu destino. Toma el cetro con la mano derecha y sostén el orbe sobre la izquierda.

Yo no podía emitir palabra, tenía la garganta trabada. Hice lo que me indicaba.

De nuevo papá metió las manos bajo su túnica y con gesto triunfal sacó la corona que yo había visto en sueños. La levantó hacia el cielo nocturno y la luna le arrancó destellos al oro y las joyas. Todos cayeron de rodillas.

Papá dijo:

—Esta corona es tuya, te la has ganado por mérito propio.

Se acercó a mí y colocó la corona sobre mi cabeza.

—¡He aquí al Emperador! Su carne y su sangre se fundirán con la nuestra y así compartiremos su poder y sabiduría. ¡Por fin nuestra paciencia será recompensada!

Los demás, llenos de emoción, entonaron un extraño cántico.

En ese instante apareció a mi izquierda la mujer que, de tanto ver en sueños, sabía que era mi madre, estaba ataviada con una túnica verde, sus pies no estaban apoyados en el suelo, sino a cierta altura del mismo, sus ojos eran iguales a los míos, del color de las olivas. A mi lado derecho apareció una mujer muy parecida a mi madre, algo mayor que ella, ataviada con una túnica azul. Ella tampoco tocaba el suelo, sus ojos también eran iguales a los míos. Era evidente que papá no las veía, ellas en cambio lo miraban con resentimiento.

Por fin pude hablar.

—¿Dónde está el cordero, padre?

Él no me contestó, se dirigió a un hombre medio calvo y le dijo:

—Ya puede comenzar, Padre, tiene frente a usted al cordero, ese que tanto hemos esperado.

El aludido se acercó, hizo ante mí una reverencia, y exclamó en voz alta:

—Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

A lo cual los demás contestaron:

“Señor, no soy digno de que entres a mi casa, pero una palabra tu bastará para sanarla”.

Vi acercarse a papá con una copa de oro y una daga plateada, parecía ver a través de mí, sus ojos brillaban de forma singular. Sentí miedo. Él exclamó:

—No tengas miedo hijo mío, te dormirás como Endimión y la luna estará siempre contigo. Recuerda que unos pocos deben morir para el beneficio de muchos. Tu momento ha

llegado. ¡Solo con tu carne y tu sangre seremos verdaderamente libres! —levantó la daga que brilló en el aire.

La mujer a mi derecha dijo:

—El orbe, sobrino, el orbe.

Lo levanté y comenzó a brillar como lo había hecho años atrás, irradiando mucho calor en mi mano.

Escuché voces que preguntaban:

—¿Qué se hizo? ¿Dónde está?

Yo solo podía ver la luz blanca.

Mi madre dijo:

—Es hora de marcharnos.

Tomó mi mano izquierda mientras mi tía tomaba mi derecha. En ese instante el destello se apagó y papá pudo verlas. Gritó:

—¡Hijas de puta! ¡No se lo lleven! ¡Yo las ayudé a descubrir quiénes son! ¡Sin mí seguirían ciegas! ¡Ciegas! ¡No se lo lleven! ¡Es nuestro! ¡Es nuestro! ¡Desgraciadas!

Pero ya estábamos muy arriba y sus gritos se fueron apagando, los demás solo podían contemplar con desconcierto la silla vacía donde reposaban la túnica roja y las tres reliquias. Mi abuela preguntó llorando:

—¿Qué comeremos ahora? Tanto pasar hambre para nada.

En ese momento escuché balar al cordero. Miré hacia abajo buscándolo.

—No te preocupes —dijo mi tía. —El cordero ha sido liberado.

©Nideska Suárez

Julio 2021

